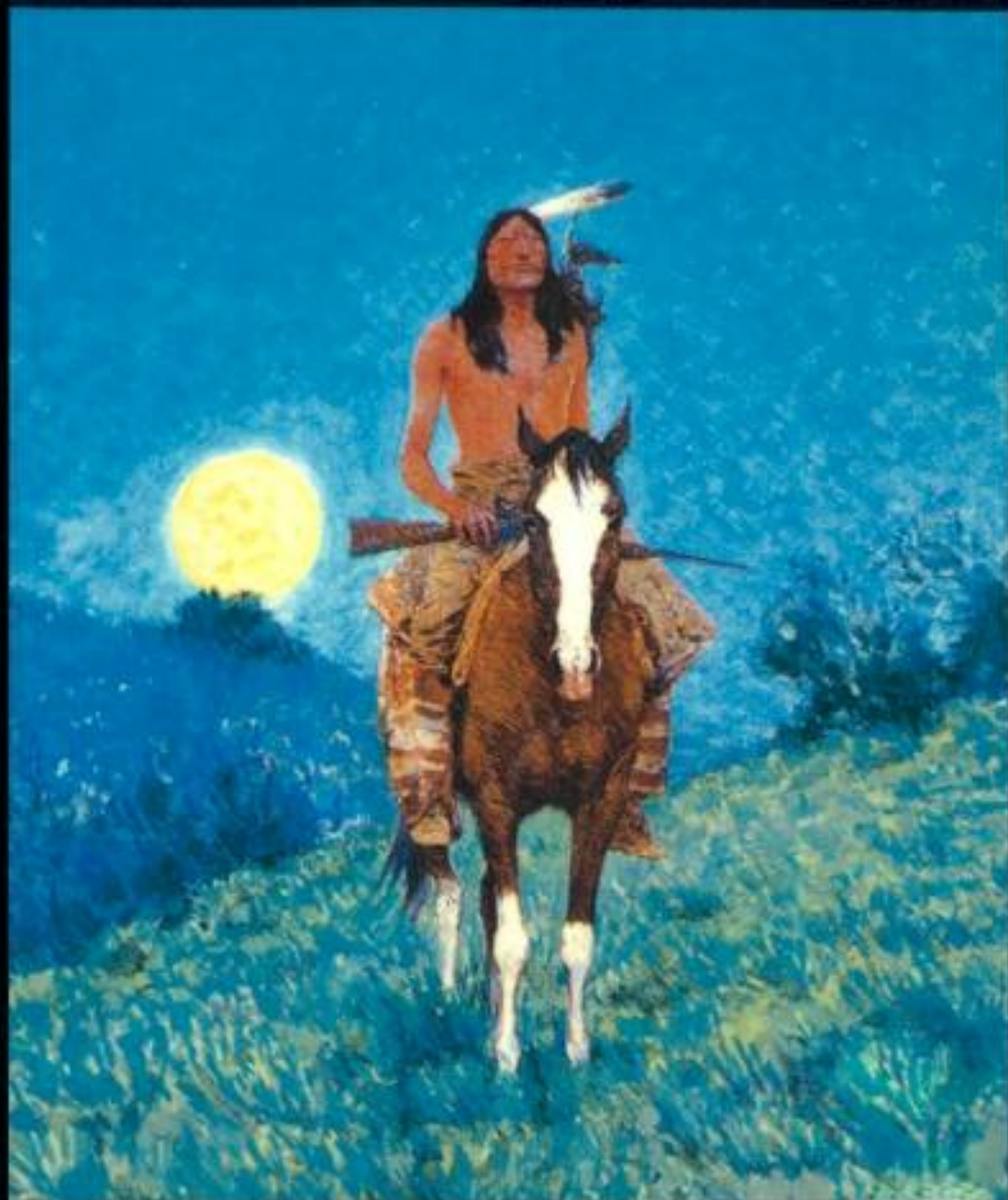


Louise Erdrich
HUELLAS

colección andanzas



«Huellas» cuenta la historia de una pasión en medio de los conflictos que desgarran a una pequeña comunidad india de Dakota del Norte cuando ciertas tribus luchan todavía por retener lo poco que les queda de sus tierras. En el centro de la tormenta aparece Fleur Pillager, bruja, amante, esposa, madre y vengadora. Son cronistas de excepción de este drama, a la vez épico y cotidiano, el sabio y astuto jefe de la tribu, Nanapush, tres veces viudo, superviviente de una epidemia y de la desesperación, y una joven e inquieta mestiza, Pauline, dividida entre las antiguas creencias chipewas y el cristianismo.

Quienquiera que experimente por primera vez el impacto de conocer a los entrañables personajes de Louise Erdrich en todo su candor, pero también en todo su vigor y en toda su indomable vitalidad, quedará sin duda seducido por esta fascinante galería de hombres y mujeres al límite de su resistencia, cuyo orgullo, astucia y sentido del humor siguen siendo las mejores armas para sobrevivir.

Índice de contenido

Invierno de 1912

Verano de 1913

Otoño de 1913-Primavera de 1914

Invierno de 1914-Verano de 1917

Otoño de 1917-Primavera de 1918

Primavera de 1918-Invierno de 1919

Invierno de 1918-Primavera de 1919

Primavera de 1919

Otoño de 1919-Primavera de 1924

Michael:
La historia es diferente cada vez y no tiene fin
pero siempre comienza contigo.

A mi madre, Rita Gourneau Erdrich, amiga y ejemplo, *chi migwitch*. Todavía oigo tus relatos sobre la vida en la reserva y en el bosque. Estoy en deuda con Michael Dorris, que siguió el rastro del alce en Alaska, cerca de Tyonek, y cuya presencia es por supuesto inextricable de esta historia. Gracias también a mi hermana Lise Erdrich Croonenberghs por sus agudas observaciones y a Mary Lou Fox, de Menitoulin Island, Ontario. Así como al desaparecido Ben Gourneau, mi tío abuelo, trampero y narrador, saludo a mi abuelo Patrick Gourneau y a las cuatro ramas de la Nación Ojibwa, los fuertes, los que aguantan.

Invierno de 1912

Manitú-geezisohns

Sol del pequeño espíritu

Nanapush

Empezamos a morir antes de la nieve y, como la nieve, seguimos cayendo. Era sorprendente que hubiera todavía tantos de nosotros por morir. Lo que bajó del norte en 1912 nos parecía imposible a los que habíamos sobrevivido a la enfermedad moteada del sur, a la larga lucha en el oeste hasta que llegamos al territorio Naduissieux, donde firmamos el tratado, y luego al viento del este que trajo el exilio entre una tolvanera de papeles del gobierno.

Pensábamos que seguramente, para ese momento, el desastre ya habría perdido la fuerza, que la enfermedad ya se habría llevado a todos los anishinabe que la tierra podía contener y sepultar.

Pero la tierra no tiene fin y tampoco la suerte, ni tenía fin en un tiempo nuestro pueblo. Nieta: eres la hija de los invisibles, los que desaparecieron cuando descendió la nueva plaga junto con el primer duro castigo del invierno. Consunción, la llamaba el joven padre Damien, quien ese año reemplazó al sacerdote que sucumbió a la misma devastación de su rebaño. Esa enfermedad era diferente de la viruela y de la fiebre porque venía despacio. Sin embargo el resultado era igualmente fatal. Entre tus parientes, familias enteras yacían postradas y sin aliento. Los clanes disminuían en la reserva, donde estábamos obligadamente muy juntos. Nuestra tribu se destrenzaba como una gruesa cuerda deshilachada en ambos extremos, porque tanto caían los viejos como los jóvenes. Uno a uno se borró mi familia y sólo quedó Nanapush. Y entonces, aunque no había vivido

más de cincuenta inviernos, me consideraron un anciano. Había visto bastante para serlo. En esos años había visto más cambios que en los cien más cien anteriores.

Muchacha, vi tiempos que no conocerás.

Fui el guía de la última cacería de búfalos. Vi matar al último oso. Atrapé al último castor cuyo pelaje pasaba de dos años. Leí en voz alta las palabras del tratado del gobierno y me negué a firmar las escrituras que nos arrebataban nuestros bosques y el lago. Derribé con el hacha el último abeto más viejo que yo y salvé a la última Pillager.

A Fleur, a la que no quieres llamar madre.

La encontramos una fría tarde al final del invierno, en la cabaña de tu familia cerca del lago Matchimanito, adonde tenía miedo de ir mi compañero Edgar Pukwan, de la policía tribal. Rodeaban el agua los robles más altos y los bosques habitados por los espectros y los Pillager, que conocían las maneras secretas de curar y de matar, hasta que su arte los abandonó. Mientras arrastrábamos nuestro trineo hasta el claro vimos dos cosas: la chimenea de latón, sin humo, que sobresalía del techo, y el agujero vacío, en la puerta, de la cuerda que la retenía desde el interior. Pukwan no quería entrar; temía que los espíritus insepultos de los Pillager lo agarraran por el cuello y lo convirtieran en un windigo. De modo que fui yo quien rompió la piel bien raspada que servía de ventana. Yo me dejé caer al suelo en el silencio maloliente. Y también fui yo quien encontró al anciano y a la anciana, tus abuelos, al hermano pequeño y a las dos hermanas, fríos como piedras y envueltos en mantas grises de caballo, los rostros vueltos hacia el oeste.

Asustado como estaba, paralizado por sus formas inertes, toqué cada uno de los bultos en la oscuridad de la cabaña y deseé a cada espíritu buen viaje en el camino de los tres días, el camino de los viejos tiempos, tan recorrido por nuestro pueblo en esa época mortal. Luego algo se agitó en un rincón. Abrí la puerta de par en par. Era la hija mayor, Fleur, de unos diecisiete años en aquel entonces. Tenía tan-

ta fiebre que había arrojado a un lado las mantas y estaba acurrucada contra la fría cocina de leña, temblando y con los ojos muy abiertos. Era tan salvaje como un lobo enfurecido, una chica alta y huesuda cuyas bruscas explosiones de energía y de gruñidos sordos aterrorizaban a Pukwan. De modo que fui yo quien la ató con dificultad a los sacos de provisiones y las tablas del trineo. La envolví en mantas que también até.

Pukwan nos retuvo, convencido de que debía cumplir las instrucciones de la Agencia al pie de la letra. Clavó con cuidado la señal oficial de cuarentena y luego, sin sacar los cuerpos, trató de quemar la casa. Pero aunque arrojó varias veces queroseno contra los troncos e incluso inició un fuego de astillas y corteza de abeto, las llamas se achicaban y encogían y se convertían en volutas de humo. Pukwan maldecía y se desesperaba atenazado entre sus obligaciones oficiales y su miedo a los Pillager. Este último triunfó. Finalmente dejó caer sus astillas y me ayudó a llevar a Fleur por el sendero.

Y así dejamos cinco muertos en Matchimanito, congelados detrás de la puerta de la cabaña.

Algunos dicen que Pukwan y yo deberíamos haber hecho lo que correspondía y haber enterrado en seguida a los Pillager. Dicen que la inquietud y la maldición de las aflicciones que afectaron a nuestro pueblo en los años siguientes fue obra de los espíritus insatisfechos. Yo sé cuál es la realidad y nunca he tenido miedo de hablar. Nuestras dificultades se debían a nuestra vida, al alcohol y a los dólares. Nos atropellábamos por el cebo que nos ofrecía el gobierno y nunca bajábamos la vista ni veíamos cómo a cada paso nos arrebataban la tierra bajo los pies.

Cuando a Edgar Pukwan le llegó el turno de arrastrar el trineo, salió como si lo persiguieran los demonios, haciendo saltar a Fleur sobre los pozos como si fuera un tronco, y en dos ocasiones la dejó caer en la nieve. Yo seguía al trineo, animaba a Fleur con canciones y le gritaba a Pukwan

que tuviera cuidado con las ramas ocultas y las cuevas engañosas, y finalmente logré llevarla a mi cabaña, una cajita repleta de cosas que dominaba el cruce de caminos.

—Ayúdame —grité mientras cortaba las cuerdas, sin tocar siquiera los nudos. Fleur jadeaba con los ojos cerrados y sacudía la cabeza de un lado a otro. De su pecho brotaban ruidos, se esforzaba por respirar y me echó los brazos al cuello. Débil todavía por mi propia enfermedad, vacilé, caí, y me debatí por entrar en la cabaña con esa chica tan fuerte. No me quedaba aire para maldecir a Pukwan, que miró todo y se negó a tocarla, se volvió y desapareció con el trineo lleno de provisiones. No me sorprendió ni me dio mucha pena lo que me dijo luego el hijo de Pukwan, también llamado Edgar y también de la policía tribal: su padre había vuelto a casa, se había arrastrado hasta la cama y no había probado alimento desde ese momento hasta que exhaló el último aliento.

En cuanto a Fleur, cada día mejoraba con pequeños cambios. Primero pudo enfocar la vista y la noche siguiente su piel estaba fresca y húmeda. Tenía la cabeza despejada y una semana más tarde recordaba lo que le había sucedido a su familia: que habían enfermado repentinamente y muerto. Con su memoria volvió la mía, sólo que demasiado nítida. Yo no estaba preparado para pensar en la gente que había perdido ni para hablar de ellos, aunque lo hicimos, cuidadosamente, sin dejar que se perdieran sus nombres en un viento que pudiera llegar a sus oídos.

Temíamos que nos escucharan y no descansaran, que volvieran compadecidos de nuestra soledad. Se sentarían en la nieve del otro lado de la puerta y esperarían hasta que nos reuniéramos con ellos de puro afligidos. Entonces todos haríamos juntos el viaje hasta el pueblo del fin del camino, donde la gente juega día y noche sin perder su dinero, come sin llenarse el estómago y bebe sin perder la cabeza.

La nieve se retiró lo suficiente para que fuera posible cavar la tierra con picos.

Como policía tribal, el hijo de Pukwan estaba obligado por los reglamentos a prestar ayuda para enterrar a los muertos. De modo que una vez más recorrimos el oscuro camino de Matchimanito, esta vez con el hijo y no con el padre. Pasamos el día abriendo la tierra hasta que hicimos un hoyo suficientemente grande y profundo para sepultar hombro contra hombro a los Pillager. Luego los cubrimos y construimos cinco casitas de tablas. Yo grabé toscamente con el hacha la marca de su clan, cuatro osos y una marta, y luego Pukwan Júnior se echó al hombro los picos y palas del gobierno y se marchó por el sendero. Yo me quedé junto a las tumbas.

Les pedí a los Pillager, como había pedido a mis propios hijos y mujeres, que nos dejaran y no volvieran. Les ofrecí tabaco y fumé una pipa de sauce rojo en honor del anciano. Les dije que no acosaran a su hija por haber sobrevivido, ni a mí por haberlos encontrado ni a Pukwan Júnior por irse demasiado pronto. Les dije que lo sentía, pero que ahora debían abandonarnos. Insistí. Pero los Pillager eran tan obstinados como el clan Nanapush y no se alejaban de mis pensamientos. Creo que me siguieron hasta mi casa. A lo largo de todo el sendero, justamente más allá del límite de mi visión, titilaban finos como agujas, sombras atravesando la sombra.

El sol se había puesto cuando regresé, pero Fleur estaba despierta, sentada en la oscuridad como si supiera. No se movió para encender el fuego, no me preguntó de dónde venía. Tampoco se lo dije, y a medida que pasaban los días hablábamos menos todavía, siempre con grandes precauciones. Sentíamos tan cerca los espíritus de los muertos que finalmente dejamos de hablar.

Eso empeoró las cosas.

Sus nombres crecían dentro de nosotros, subían hasta nuestros labios, nos abrían los ojos en mitad de la noche.

Estábamos llenos del agua fría y negra de los ahogados, un agua sin aire que lamía nuestras lenguas selladas o rezumaba lentamente de nuestros ojos. Sus nombres se movían dentro de nuestros cuerpos como astillas de hielo. Cuando esas astillas se unieron y nos cubrieron, nos volvimos tan pesados, cargados con esa escarcha de plomo, que no podíamos movernos. Nuestras manos yacían en la mesa como bloques nebulosos. La sangre se nos espesaba. No necesitábamos alimento, y sólo nos hacía falta muy poco calor. Pasaron días y semanas y no salíamos de la cabaña por temor a quebrar nuestros cuerpos fríos y frágiles. Nos habíamos convertido a medias en windigos. Supe más tarde que eso era común, que muchos de nosotros habían muerto así, de aquella enfermedad invisible. Algunos no podían tragar un bocado de comida porque los nombres de sus muertos les inmovilizaban la lengua. Otros dejaban que su sangre se detuviera y seguían también el camino del oeste.

Pero un día el nuevo sacerdote, que en realidad apenas era un muchacho, abrió nuestra puerta. Una luz enceguedora y dolorosa inundó la cabaña y nos rodeó a Fleur y a mí. Se ha encontrado a otro Pillager, dijo el sacerdote; Moses, el primo de Fleur, estaba vivo en el bosque. Torpes y estúpidos como osos en su cubil de invierno, parpadeamos ante la silueta delgada del sacerdote. Teníamos los labios apergaminados, pegados. Apenas pudimos articular un saludo, pero nos salvó un pensamiento: el huésped debe comer. Fleur ofreció su silla al padre Damien y echó leña sobre las brasas grises. Buscó harina. Yo salí a traer nieve para derretirla y preparar el té, pero para mi asombro la tierra estaba a la vista. Me sorprendí tanto que me incliné y toqué el suelo blando y húmedo.

Al principio, cuando traté de usarla, mi voz vacilaba un poco; pero aceitado por el pan, el tocino y el té fuerte, empecé a hablar. Ni siquiera un martillo puede contenerme cuando me lanzo. El padre Damien parecía sorprendido y luego asustado mientras yo me ponía en marcha. Tomé ve-

locidad. Hablaba en las dos lenguas en torrentes que corrían uno al lado del otro por encima de todas las rocas y alrededor de todos los obstáculos. El sonido de mi propia voz me convenció de que estaba vivo. Tuve al padre Damien escuchando toda la noche, con sus ojos verdes redondos, su fina cara tensa por el esfuerzo para comprender, su extraño pelo castaño lleno de rizos y nudos cortados. De vez en cuando respiraba como para añadir alguna observación, pero yo lo aplastaba con mis palabras.

No sé cuándo fue que tu madre se deslizó afuera.

Era demasiado joven y no tenía historias ni una profundidad de vida en la que se pudiera confiar. Lo único que tenía era pura fuerza y los nombres de los muertos que la llenaban. Ahora puedo decirlos. Ya no se interesan por ninguno de nosotros. Viejo Pillager. Ogimaakwe, La Jefa, su esposa. Asasaweminikwesens, Cereza Silvestre. Bineshii, Pajarito, llamada también Josette. Y el último, el niño Ombaashi, Alzado por el Viento.

Y otro, un primo Pillager llamado Moses. Sobrevivió pero, como dijeron más tarde de Fleur, ya no sabía dónde estaba, si en esta reserva o en el otro sitio, sin límites, donde los muertos se sientan a conversar, ven demasiado y consideran tontos a los vivos.

Y lo éramos. El hambre hace un tonto de cualquiera. En el pasado, algunos habían vendido sus parcelas asignadas por un saco de harina. Otros, desesperados por quedarse, pedían ahora que nos uniéramos y volviéramos a comprar nuestra tierra, o que pagáramos impuestos y rechazáramos el dinero de las hipotecas que barrerían las marcas de nuestros terrenos como si fueran de paja. Muchos estaban decididos a no permitir que los inspectores contratados, incluso los de nuestro pueblo, entraran en los bosques. Hablaban de los guías Hat y Many Women, ahora muertos, que habían recibido la paga del gobierno.

Pero esos forasteros de primavera iban como antes, y algunos de los nuestros también. La finalidad era medir el la-

go. Sólo que ahora caminaban sobre las tumbas frescas de los Pillager y atravesaban los caminos de la muerte para calcular las aguas profundas donde el monstruo del lago, Misshepesu, estaba escondido y aguardaba.

—Quédate conmigo —le dije a Fleur cuando vino a visitarme.

Ella se negó.

—La tierra se perderá —le dije—. La medirán y la venderán.

Pero ella se echó atrás el pelo y se marchó por el sendero, sin otra cosa para comer hasta el deshielo que un saco de avena y unas cuantas de mis cebollas.

¿Quién sabe qué sucedió? Volvió a Matchimanito y se quedó sola en esa cabaña que ni siquiera el fuego había querido. Nunca una chica había hecho eso antes. Oí decir que en esos meses le pidieron el dinero de la contribución por las cuatro parcelas, incluida la isla en que se escondía Moses. El Agente fue allí, se perdió, pasó toda una noche siguiendo las luces y las lámparas de personas que no le respondían, pero que hablaban y reían entre ellas. Sólo le permitieron marcharse al amanecer porque era demasiado estúpido. Sin embargo volvió a pedirle dinero a Fleur, y lo último que supimos de él era que vivía en el bosque, comía raíces y jugaba a los naipes con los fantasmas.

Cada año hay más gente que viene en busca de lucro y traza líneas a lo largo de la tierra con cuerdas y banderas amarillas. A veces desaparecen, y ahora hay tantos jugando a los dados por la noche cerca de Matchimanito que uno se pregunta cómo hace Fleur para dormir, o si duerme alguna vez. ¿Por qué habría de hacerlo? Prescinde de tantas cosas. La compañía de los seres vivos. Munición para su rifle.

Algunos tienen ideas. Ya sabes cómo parlotean las gallinas viejas. Así fue como empezaron los cuentos, los chismes, las conjeturas, todas las cosas que la gente dice sin saber y luego se cree, puesto que ha oído cada palabra con sus propios oídos y de sus propios labios.

Yo nunca me preocupé por las habladurías de los que engordan a la sombra de la tienda del nuevo Agente. Pero he visto los carros que entraban por el surcado camino de Matchimanito. Pocos han regresado, es verdad, pero ya eran demasiados los que volvían cargados hasta el tope de dura madera verde. Desde donde estamos ahora, nieta mía, he oído crujir y quebrarse los árboles, he sentido temblar el suelo cuando cada uno caía a tierra. Me he convertido en un anciano a medida que un roble era derribado, y otro y otro, que aquí se formaba un vacío y allí un claro y entraba la luz del día.

Verano de 1913

Miskomini-geezis

Sol de la frambuesa

Pauline

La primera vez que se ahogó en las aguas frías y cristalinas del Matchimanito, Fleur Pillager sólo era una niña. Dos hombres vieron inclinarse el bote, la vieron debatirse entre las olas. Remaron hasta el sitio donde había caído y saltaron. Cuando la alzaron por encima de la borda, estaba dura y fría al tacto, de modo que la abofetearon, la sacudieron sostenida por los tobillos, le movieron los brazos y le golpearon la espalda hasta que tosió agua del lago. Se estremeció íntegra como un perro y luego respiró. Pero poco después esos dos hombres desaparecieron. El primero se extravió y el otro, Jean Hat, murió bajo las ruedas de su propio carro de inspector.

Era de esperar, dijo la gente. Estaban en lo cierto. Al salvar a Fleur Pillager, ellos dos se habían perdido.

La próxima vez que cayó en el lago, Fleur Pillager tenía quince años y nadie la tocó. El agua la llevó a la costa, la piel de un color gris opaco y muerto, pero cuando George Many Women se inclinó y la miró de cerca, vio que su pecho se movía. Ella abrió de pronto sus ojos de límpida ágata negra y lo miró. «Ocupa mi sitio», dijo entre dientes. Todo el mundo se dispersó y la dejaron allí, de modo que nadie sabe cómo se arrastró hasta su casa. Poco después observamos que Many Women cambiaba, parecía asustado, no salía de su casa y se negaba a acercarse al agua o a guiar a los cartógrafos en el bosque. Gracias a esas precauciones, vivió hasta el día en que sus hijos le regalaron una tina de baño nueva. La primera vez que la usó resbaló, se